

REGRESO A LA LLAVE

A las siete de la mañana salí de mi cuarto en el Internado Indígena Fray Pedro de Gante, ubicado en el pueblito llamado La Llave, con la intención de recorrer en bicicleta los doce kilómetros que me llevarían a la Escuela Secundaria Federal Antonio Caso, de San Juan del Río, Querétaro. Mis expectativas estaban muy controvertidas, pues todos los días, más de una semana y media, me estuvieron transportando en un coche, a presentar mis exámenes semestrales. Fueron mis primeros contactos con la Escuela: Directivos, maestros y futuros compañeros.

Ahora sería la prueba de fuego doble, porque implicaba la ida guiada, y tras de asistir a clases, debería de regresar sólo, sano y salvo

El Maestro “Cabecitas”, albañil del internado, me esperaba en la puerta grande del edificio, con dos bicicletas. Él iría guiándome montando la suya y yo iba a usar la que le facilitó su primo.

No puedo negar que sufrí lo indecible, pues dado a que la bicla era rodada 28, necesitaba yo ir deslizándome hacia el pedal en turno, para alcanzarlo con mi estirada pierna. El vaivén me raspaba piernas, entrepiernas y partes más íntimas. Reí al imaginarme que era un trapo sacándole brillo al sillín, cual empuje de un zapato muy grande. Además de todo, mi estatura no rebasaba el metro treinta y tres. Pero no podía claudicar por orgullo, primeramente, porque yo estaba siendo vigilado por la gente de la ruta, pues nos decían “pelones” a los que vivíamos en el edificio, apodo que era consecuencia de que por ser una institución semi militarizada, a los varones les cortaban el cabello muy corto, al estilo militar. Siempre había pique entre los alumnos del internado y los de la comunidad, guardando siempre, el debido respeto en ambas partes. Por último: De no poder ir y venir en bicicleta, de La Llave a San Juan del Río, cuando menos de lunes a viernes, tendría que irme a vivir lejos de mis padres.

Llegué a la escuela unos minutos antes de las ocho y un compañero me sugirió que metiera mi vehículo al salón de primero y lo dejara en el cuartito del fondo.

Me sentía como gallina con huevo quebrado; sin embargo el tiempo pasó en lo que fui agarrando la onda con las diferentes clases, maestros y compañeros. Cuando vi mi reloj eran casi las dos de la tarde. Me gustó mucho la clase de educación física de una a dos, porque casi todos los compañeros de primero, segundo y tercero jugaban muy bien el vilibol, salvo seis, (incluido yo), quienes tendríamos que aprender que no sabíamos ni lo mínimo. Por cierto, para no quedar fuera del programa y competencias, amén de calificación, convendría formar un equipo más, y sólo eran cinco antes de mi llegada y me invitaron a ser parte de la peor sexteta, y por nos bautizaron como los peoresnada, pegadas las letras para no significar abiertamente el sentido. En Paracho, en el primer semestre formé parte del peor equipo, allá era basquetbol, para no variar. Por ello, la directora de la secundaria, nos bautizó como los chinchulines, (piedritas, en lengua purépecha). Este nuevo apelativo ya no me afectó. Total allá estaba dividido entre cinco, aquí, el daño era menor, porque estaba más diluido, porque era entre seis. Al integrarme y así, fueron los cinco primeros compañeros con los que tuve trato, quizá porque compartíamos nuestra incapacidad para jugar bien ese deporte.

El corolario más bello lo ubiqué cuando me tocó antecito de la una de la tarde, o sea antes de tener la clase, porque la cancha estaba delimitada por tres paredes y el acceso al patio de la escuela. Empezamos a sentir en la cancha un olor riquísimo de carnitas y no me quedé con la duda y por eso inquirí y me agradó la respuesta a mi pregunta por ello me alegré más pues

descubrí que estábamos junto a la Fábrica de carnitas San Juan. Y el riquísimo olor se debía que era la hora en que empacaban. Ese olor me acompañaría en mi regreso a casa, acuciado por el hambre.

Fui al salón y me encontré con un gran problema, pues mi transporte tenía pinchada la llanta delantera. Mi compañero de silla me preguntó la razón de mi inquietud, muy notoria, y le dije que yo tenía que llegar hasta La Llave y era mi primer día.

---Aunque no lo creas tienes suerte ---dijo---porque mi papá es dueño de una agencia de bicicletas donde te podemos reparar la tuya. ¿Vamos?

Gracias --- exclamé---. Debo regresar pronto a La Llave, donde me están esperando.

Le conté mi historia desde mi salida de Chiapas y se emocionó mucho.

La práctica estuvo tan entretenida que ni me percaté de cuando llegamos al taller de su papá, un hombre con mucha amabilidad que nos atendió muy rápido, más, cuando su hijo le habló de mi urgencia. En pocos minutos parchó el agujero y montó la llanta. No quiso cobrarme y me dieron los detalles para salir a la carretera a Tequisquiapan.

Crucé la carretera internacional y en perpendicular fui a dar a la calle de salida. Doblé a la derecha y enfilé hacia el asfalto. De inmediato cambió el sonido de las llantas al entrar al piso de asfalto. Comencé a acelerar en la curva para llegar a la vía del tren. Vi hacia ambos lados y al no haber señales del monstruo serpenteante de acero. Reí de mi descripción del tren. Concentré mi atención y crucé la vía. “¿Qué voy a hacer cuando esté parado un tremendo gusanote sobre las rieles?”, y me dijo Sólo ha dos opciones: Te esperas a que se vaya o cargas tu bicicleta y te trepas con ella y teñ pasas haciendo malabares, para no caerte, soportándola para cruzar al otro lado, orando a Dios para que la gran maquinota no se vaya a mover en ese ínterin.

Mejor me concentré en mi camino y pasé los viñedos ubicados a mi izquierda. Pensando en las uvas y su delicioso sabor, alcancé a ver el ranchito ganadero de La Guitarrilla, a mi derecha y empecé la subida a mi izquierda que me provocó cierto cansancio, quizá por la pedaleada de la ida y lo que ya llevaba de regreso, equivalente a unos diecinueve kilómetros y para ser primera vez, era bastante, sin haber montado bicicleta casi medio año, si no más, la distancia era muy larga y volví a la planada recta.

Pronto estuve entrando al desvío a San Pedro Ahuacatlán y La Llave. Unos metros adelante estaba el cruce de la vía férrea procedente de San Juan que corre paralela a la carretera a Tequisquiapan. Tomé fuerza para remontarla, pues estaba unos cincuenta centímetros arriba del nivel de la carretera.

Necesité incrementar la velocidad para pasar al otro lado. Era una recta larga en la terracería, a no menos de quinientos metros del pueblo que se recortaba en el horizonte, el cual libré yéndome. A la derecha hacia la calzada de los alcanfores. Ese hecho me ahorró muchos metros y tiempo. Me deslicé por el centro del maizal y salí a unos metros del puente que dejé a mi izquierda. Al viajar en la mejor parte de la terracería, aumenté mi velocidad de desplazamiento, aprovechando lo bello del terreno. Vi al fondo a mi derecha y descubrí la presa El Divino Redentor y a un lado, la comunidad y el edificio del internado. Pese a que estaba agotadísimo, me sentí muy feliz porque sólo me faltaba por recorrer el puente y entrar a la alameda del internado. Me impresionó la cantidad de personas que esperaban, unos por el gusto de haber logrado mi hazaña de ida y regreso. Otros por curiosidad y algunos por simple

morbo. Me dieron ganas de llorar cuando descubrí a mi mami y mi padre felices de verme llegando en buenas condiciones, tal como me lo hicieron saber.

Demostre mi capacidad para desplazarme yendo a San del Río y regresando a casa.

“ Sólo necesito sobrevivir a mañana para repetirme todos los días de clase hasta terminar la secundaria”, pensé.